



Sound Bay se inquietó. Un hombre alegaba su derecho de correr su cuatrimoto hasta a unos sesenta kilómetros por hora, justo a orillas del Mar. Todavía después de su espectáculo yo me asombraba, ese día todos los dioses bailaban en el paisaje, incluso en la dolorosa imagen de otro joven isleño levantando un arpón hacia el pecho de un turista extranjero que reclamaba.

La playa se le acercó entera al grupo de hombre y hombrecitos tristes. La rabia atrevida se asomaba en sus ojos. *¿Cómo le vas a pegar a un turista así, brother?* –le dije. *Agradece que no fue una bala.*

El hombre alto de apariencia fuerte, de reloj nuevo y de dentadura perfecta, tenía el derecho de hacer trompos, de acelerar para elevar el ruido de su motor, tremenda nave. En el corazón sentí una cosa como el golpe contundente que otro de sus secuaces le propinó en la cabeza a un dominicano con un remo.

Otro golpe sentí cuando a una amiga la vi forcejear con un chiquito que la empujaba para quitarle el celular, para que no grabara. Un golpe más, cuando otro de esos niños de mirada ausente le levantó el remo en la cara a otra de ellas. Ellas grababan, yo escribo. Les digo que los quiero, que todos hemos sentido miedo. No, no están solos en el mundo, ni en esa playa en la que puedes ser el odiado asesino de varios pares de piecitos que corrían desprevenidos.

Tú, hombre isleño, sí, es tu casa, y tú la has vaciado desde dentro. Cuando tu blanco sean tus amigos, cuando hayas desangrado todas las sonrisas que recibes, cuando pronto acabes de romper todos los corazones, vendrá a tu espíritu un fantasma que hablará un idioma que sé que tú no entiendes. Se te retorcerán las tripas, cuando recuerdes las miradas de la gente que quisiste. Se te va a querer escapar el alma en cada suspiro, cuando la cabeza se te hinche por los rasguños de tus propios pensamientos. Tú estás en la mala cara, pero tú no eres malo.

Ninguno, hombre, somos buenos o malos. Yo también puedo ser macabra, tú me hablaste de

Por los rechazos

Escrito por Cristina Bendek

Lunes, 30 de Octubre de 2017 09:49 - Última actualización Lunes, 30 de Octubre de 2017 12:06

una bala, y con eso el dios guerrero de tu rabia se hizo más grande.

Me hablaste de muerte, pero no seas tú quien haga que otros niños halen el gatillo. Yo siento tu tristeza, tu confusión, la forma en la que te comparas, la forma en la que te han mirado, tus ganas, tu hambre, tu lugar. Yo me siento culpable, porque no te entendí antes. Nadie te había entendido antes. Tú eres el balance, tú eres la pequeña oscuridad del derroche luminoso en una tarde soleada. Tú eres la correspondencia de un negocio ambicioso, tú eres por todas las abundancias usurpadas, por los silencios de la Historia.

Pero tú no eres un niño, querido hombre. La peor forma de ser la presa, es cuando el cazador es la voz ineludible en la mente. Yo sé que si te detienes, lo entiendes. Para. No pienses. Solo para y mira a la otra orilla donde están los otros dioses, los que cantan, ríen y beben, y hacen el amor bailando. Rompiste mi corazón en mil pedazos, qué lindos serían unos brazos magros y salados, qué lindo volar en ellos por el Caribe, qué lindo ver su mundo. No te quedes solo, querido hombre. Al fantasma de tus adentros no lo comprarás con dinero. *Peace*.